



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECADERO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13504

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la redacción.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

JUEVES 22 DE NOVIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en París: Mr. A. Loreta, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

Una obra de Dicenta

“Amor de artistas,”

Así se titula la última producción de Joaquín Dicenta, puesta en escena anteayer tarde en Madrid, en el Teatro Español, y estrenada el 9 de Mayo en Sevilla. Tanto en la capital andaluza, como en Madrid, el éxito ha sido brillante.

El asunto de *Amor de artistas*, es el siguiente:

Amelia, es una gran actriz. Y Emilio Rojas un actor admirable. Las relaciones artísticas entre el autor y su intérprete no tardan en convertirse en amorosas; el prestigio de cada cual conduce principalmente al otro. Y amarse libremente, y en un principio la vida para ellas es camino de flores; el amor y la gloria les hacen dichosos.

Su felicidad es breve. Rojas, antes de conocer a Amelia, amó a otra mujer; a otra actriz, Teresa, no tan austera como Amelia, pero que le adoró con toda el alma. Y Amelia, habiendo tenido también antiguas aficiones, y dejado a sus pies las pretensiones, uno de ellos, el Duque de Martoria, que muy particularmente le significaba amor.

En la luna de miel de sus nuevos amores, ni Rojas ni Amelia se preocupan de todo esto. Pero en el instante en que los disgustos empezaron, acrecentáronse los celos, y desde entonces no hubo un momento de calma.

En el tercer acto, los disgustos llegan a su período álgido. Amelia y Rojas, queriéndose, no se pueden sufrir. El lecha en cara que sea cortés con el duque de Martoria; ella, censurándole que piense en Teresa... La situación es un extremo tirante. Tienen los dos una borrascosa escena... Y he aquí que, tras ella, preséntase el duque de Martoria, habla con Amelia, dicele que el mundo la juzga dominada... Ella siente que su orgullo de artista se resaca; y a la cabeza de Amelia, dice: ¿Alguna? ¿Jamas! Puede venir a regañar, el duque. Yo sepo que no es persona grata a Emilio; pues bien, hágale a cierta escaración en aplomón, que va a realizar con el Conde de Rivalval, su esposo y otros personajes, y por encima de todo irá... El duque se compromete a volver a buscarla en el automóvil. Y sale, mientras ella se arregla.

Rojas la ve arreglada ya. Al saber el plan de la excursión oponese furiosamente. Chocan los dos caracteres, sin que ninguno ceda en aquel momento vuelve Martoria a buscar a Amelia; Rojas le insulta, un lance es inevitable.

Y en la gran escena vertical, y mientras los dos se están batiendo, Teresa se ve en la base de noticias, desesperada, llena de amor... Así es como se ama—dice—sin que importen los desaires, buscando al ser amado en los momentos de su mayor esplendor, no podéis darle las grandes artistas. Amelia conviene en ello. Reconoce que el amor de ella y Rojas es imaginativo. Y se resuelve a marcharse, dejando el campo a la otra.

En un momento de la obra, Amelia queda sola con sus triunfos. Dos grandes artistas no se pueden amar; la gloria y el amor son en ellos incompatibles.

Tales, trapeado a grandes rasgos, el asunto de *Amor de artistas*. En la obra, además de los personajes citados, intervienen otros muchos, alguno tan importante como el pintor Antonio, que burfa burfando dice las mayores verdades a todo el mundo.

El espíritu de la obra percíbese en la siguiente escena del primer acto. En ella pueden apreciarse las brillantes cualidades de escritor que Dicenta posee y de las que hace extraordinario alarde.

ESCENA IX

Amelia (Sra. Guerrero) y Antonio (señor Santiago).

Am. El principio de esos amores no necesita usted contarle.

ANT. ¿No?

Am. Lo supongo. Ella le conoció el día de su éxito, de gran éxito. Le vio sobre el escenario, aplaudido, ovacionado por el público y...

ANT. No, querida Amelia. Cuando Teresa se enamoró de Emilio era éste un desconocido, un pobre luchador... y un luchador pobre...

Am. ¿Fue así? (Aspirando).

ANT. Es raro.

ANT. ¡Y tan raro! Mujeres que después del triunfo ciñen el cuerpo del artista con guirnaldas de carne, hay muchas, a montones. ¡Ha a decir a puntapiés. Mujeres que, antes del triunfo, comprenden las grandezas y los sentimientos del artista y le abren los brazos, hay muy pocas. Teresa fue una de esas pocas.

Am. ¡Ah! ¿Ella le admiró? (Pensativa).

ANT. Sí, le admiró, le sostuvo en la lucha, fue su compañera, su amiga.

Am. (Con cierto desprecio). ¿Cuánto la elogió usted?

ANT. Más merece.

Am. Tiene un modo un poco admirador.

ANT. En mí y en todos aquellos que la trataron.

Am. ¿Sí?

ANT. El que no la admira la envidia, y la envidia es, después de todo, más que la admiración enferma.

Am. Y es para admirarla. Por ella y por ser la dueña de un artista tan eminente.

ANT. Si Rojas no fuera artista, sería más envidiable la suerte de Teresa.

Am. ¿Por qué?

ANT. ¿Y usted me lo pregunta? Porque los artistas somos francamente insupportables en la intimidad.

Am. ¡Muchas gracias!

ANT. Me hay de qué darlas. También me ponga en la cuenta para hacerme justicia en mi honor.

Am. De modo que los artistas somos incapaces de alegrar la existencia de nadie?

ANT. Algunos de todos. De ahí que no podamos alegrar la de uno solo.

Am. (riendo). ¿Qué exageración!

ANT. Ni soy exagerado, ni me gusta sermonear; mucho menos cuando me hallo junto a una mujer guapa, pero coloy en lo firme.

Am. Vaya hombre, ¿qué me!

ANT. Vaya mujer, ¡qué tal! Alma, corazón, entendiéndonos voluntad, cuanto vale en nosotros algo, se lo entregamos al público, al señor Todos. De él y para él vivimos.

Pero él, para ese señor Todos, falto de toda personalidad e indeterminado de sexo, son las grandezas,

las sublimidades, las exquisiteces de nuestro pobre ser. ¡Pobre del amante con cédula y aún nichulos que ase cerque a nosotros! Recogerá nuestras miserias y nuestros egotismos y nuestras ruindades. ¡Pobre de mí! Más pobre si pretendo ser el primero en nuestro amor. Menos pobre, pero pobre siempre, si se conforma con los desperdicios del otro, el señor Todos.

Am. ¡Antonio, por Dios!

ANT. No hay Dios que valga, y en lo que digo no hay censura tampoco, ¡huy perra! La que siento yo de mí mismo, viéndome imposible todo de ser dichoso a quien me ame sinceramente. Basta de filosofías y de tristezas. Es filosofía es simpachosa la tristeza cursi.

Am. Y usted, loco.

ANT. ¿Xo?

Am. A nadie más que a un loco se le puede ocurrir que los artistas, superiores al vulgo en corazón y en inteligencia, son incapaces de ser felices en amor y de hacer felices a quien les ame.

ANT. ¿Felices? ¿Lo fue usted con alguno?

Am. No (como rectificando). Todavía no.

ANT. ¿Usted, ¿ha hecho a alguno feliz? (Amelia, luego de mirar a Antonio, baja la cabeza sin responder.)

ANT. Ese silencio es una respuesta.

Am. ¿Una respuesta?

ANT. De la cual sacará usted las más delirantes conclusiones. Los artistas somos como ciertos desperdiciados mujeres...

Am. ¡No hable usted así! Yo he soñado, soñaré siempre hasta mi última hora... de juventud, con un amor grande, completo, capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios; amor en que los amantes no se regatean nada, ni el alma, ni el cuerpo, ni los labios, ni el corazón; un amor... El amor es! El amor tal como lo imagina esta personita que usted cree loca y sólo es una extraviada que anda y anda buscando un nido que la fabricaron, no sé dónde, y en el cual la espera, no sé quién.

ANT. ¡Y tan loca como está usted!

Am. ¿Eh?

ANT. Los artistas tropezamos algunas veces con seres que por nuestro amor nos lo sacrifican todo y nos lo sufren todo, ¡todo!, como si en

lugar de amantes fuéramos hijos ajenos; hijos paqueñitos, criaturas enfermas, a los cuales no se abandonan, hagan lo que hagan, porque necesitan apoyo y porque sin ellos no se puede vivir.

Am. Antonio.

ANT. Sí, los artistas tropezamos con esas cosas algunas veces: ¡ah! los mártires no abundan, pero, en fin, existen. Dentro de poco habrá usted con uno.

Am. Teresa.

ANT. Mártir voluntaria de Emilio Rojas, artista eminente y calamidad eminente también.

Am. Mal trata usted a su mejor amigo.

ANT. ¡Yo! Como a hermano le quiero. Hábito de él lo mismo que habría de usted, de mí propio. Todos estamos cortados por un patrón. Todos somos en la vida infinitas calamidades.

Am. ¡Vuelta!

ANT. Pero, hija, ¡si es verdad! Los más grandes arrebatos y sacrificios son pocos cuando se trata del objeto amado, decía usted hace unos minutos.

Am. ¿Decía mal?

ANT. Decía usted admirablemente, así es el verdadero amor.

Am. ¡Entonces!

ANT. No niego que defina bien el amor. Sólo que de definirlo a sentirlo.

Am. ¿Qué?

ANT. Vamos a cuentas, con su definición. Deje a una parte los delirios. ¿Sacrificaría usted por nadie su orgullo de actriz? ¿Su vanidad de comedianta? ¿Sus extravagancias e independencias de criatura excepcional que a nadie necesita y, por consiguiente, no se sujeta a nadie? ¿Dejaría usted de vivir en exhibición permanente por evitar a su amante disgustos? ¿Imhotaría usted en obsesivo suyo un éxito en el mundo, un aplauso en la escena?

Am. Antonio.

ANT. No y cien veces no. Acaso cree usted ahora de buena fe que lo haría. Pero cuando llegara el instante, ¡adiós sacrificio! No lo haría usted. ¿Por vanidad? De ninguna manera. Porque es artista; y a los artistas nos tocó nacer de este modo; porque así para vivir del público y con el público y en público, nos ha hecho interior y exteriormente la santa madre Naturaleza.

Am. (riendo). ¿También exteriormente? ANT. ¿Qué duda hay? (Coge a Amelia por una mano y obligándola a levantar la lleva ante un espejo.) Fíjese usted en usted propia. Usted no es bonita; es hermosa, francamente decorativa, como todo el arrogante esplendor de sus líneas. Poniendo debajo el pedestal estaría completa la estatua. Su voz es vibrante, despótica, dominadora, porque ha de sonar en muchos oídos a la vez; sus facciones son correctísimas, pero pronunciadadas, hechas para verse y gozarse de lejos. (Amelia rie.) No se ría usted. La Naturaleza supo lo que hizo construyéndola así, para ser amante fella de un solo hombre, la hubiera creado más menudita de facciones, más débil de voz, más recogida de figura, para estremecerse en un gabinete al contacto de un beso, no para electrizarse sobre la escena al choque de un aplauso. La Naturaleza es un gran escultor. Casi siempre da a sus estatuas de carne proporciones justas al sitio que deben ocupar en la vida.

NAVEGACION AEREA

De tiempo en tiempo corre por la prensa la noticia de que el problema de la navegación aérea está totalmente resuelto en tal ó cual nación civilizada. Y luego los entusiastas demuestran que aún falta algo por descubrir para que sean un hecho las ilusiones y las esperanzas.

Es infatigable Santos Dumont; acaba de sufrir un grave accidente que estuvo a punto de costarle la vida, pero esto no impide que la prensa francesa eche las campanas a vuelo con motivo de la nueva hazaña de Santos Dumont y de la obra de un ingeniero Mr. Levasour, inventor de un motor ligero de que está provisto el aeroplano del colegio brasileño.

Levasour inventó en 1902 un motor ligero que pesaba un kilo y medio por caballo de vapor, y que ha realizado esta profecía del coronel Renard: «El día en que la mecánica moderna haya conseguido crear un motor de tres kilogramos de peso por caballo de vapor, un aparato más pesado que el aire, movido por ese motor y tripulado por un hombre, se elevará en el espacio».

EL MENDIGO DE LA MUERTA

Aquel día, en la noche, aquella indiferencia de la ciudad entera, aquella profunda indiferencia a David. Pudo llevar ella. Fue aquella una triste historia que empezó en la calle de la Ventana, en el momento en que se levantó el viento sobre lo que iba a hacer.

Luego comprendió que tenía un horrible sentimiento, y quiso distraerse con sus pensamientos. Cambió de sitio varios objetos, trató de hacer algo, pero de ahí a un momento se le vino encima. Su cabeza se inclinó hacia adelante. Cuando vino la noche quedó más sorprendido. Había jurado que él, día después de ahora, habría que estar en el mundo, viviendo en un pensamiento de lo, y que el largo día de sufrimiento le había parecido muy corto. Sólo pudo a-bombar, luego quiso ver una vez más la señora de "Elenco". No pudo verla; ella había muerto. Entonces entró de nuevo en el mundo y se detuvo en un momento en que se le vino encima. Después de eso el día siguiente, muy tarde, cuando despertó oyó un ligero rumor de voces. Era el día que se había visto a "Elenco" y había en la escena el espectáculo que había visto. Los hombres llevaban con trabajo, y cuando se le vino encima.

Al salir hubo un día de desorden en el mundo. El mundo era un caos, y él se quedó allí lentamente.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 37

modificó tímidamente, que nos encontramos en las calles con a veces grandes poetas.

Buñedo por sus camaradas, viviendo en una tensión de espíritu incesante, Daniel encontró sus teorías en lo más profundo de su ser. Unicamente le era práctico amar en este mundo a la madre de su vida que velaba sobre él, y la amaba con todo el amor de las posesiones físicas. Al lado del matemático poeta, había en él un amante apasionado, un corazón tanto más ardiente en darse, cuanto que era desahogado.

Daniel, pues, había crecido en la adoración de la buena vida que le dio existencia le proporcionaba.

El filósofo que le encubría hacías para él más allá. Conocía su rostro por haberlo entrevisto dos o tres veces, y hablaba de él como de una cosa maravillosa y sagrada.

Un día recién salido del liceo, dijo que la señora de Bloune le llamaba a París, junto a ella. Estuvo a punto de perder la cabeza. Podría y contemplarla, darle las gracias, amaría su trabajo. El ensueño extravagante de su juventud se realizaba; la buena vida, la sabiduría, la Providencia le admitía en el cielo en que vivía. París, muy agradablemente.

Luego y después de un tiempo de estancia en París, volvió a su patria. Desde ese día, cada tarde ba-